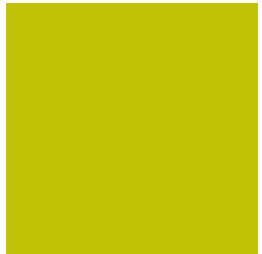


José Luis Brea

Retóricas de La Resistencia:
una introducción
(la potencia de los estudios
críticos frente al triunfante
"capitalismo antihegemónico")



Retóricas de la Resistencia: una introducción

(la potencia de los estudios críticos frente al triunfante “*capitalismo antihegemónico*”)

José Luis Brea

“Las ideas dominantes no son nunca *directamente* las ideas de la clase dominante.”

Slavoj Zizek [1]

i.

Claro está que Zizek se equivoca: sin duda las ideas dominantes son *siempre* las ideas de la clase dominante, fundamentalmente porque únicamente podemos llamar *dominante* a aquella “clase” -aquella comunidad usuaria de narrativas compartidas- que triunfa en imponer sus ideas -digamos mejor su *ideología*, que ciertamente no es lo mismo sobre otras.

ii.

Ello no obstante, admitamos varios matices. Primero: las ideologías no expresan inmediatamente las *ideas, el pensamiento* –ni mucho menos los *intereses*. Al contrario, los encubren, los enmascaran. Por lo tanto, nunca podríamos esperar sinceridad -inmediatez, correspondencia “directa”- en la expresión de su pensamiento del mundo -cuando la *clase dominante* formula su ideología. Todo lo contrario, ella siempre enuncia un relato *falsificador*, que dice lo que *no se piensa* -pero sobre todo *no dice lo que de verdad se piensa*, lo que de verdad se quiere: claro está, el poder, la hegemonía.

De modo que, en efecto, las ideas dominantes no son nunca *verdaderamente* las ideas de la clase dominante.

Es por esto que toda *crítica de la ideología* debe empezar por *desenmascarar*, por cuestionar los *relatos bienpensantes*, administradores de la carga de *moralina* con la que se amaña el mapa de las distribuciones del poder y las presuntas resistencias contra él -a beneficio de que quien lo ostenta pase en ello tan desapercibido como pueda.

Como, de hecho, *puede*.

iii.

Así que, por supuesto, no podemos esperar ya de la *ideología* que sea *transparente* -se acabó el *tiempo de facilidades* que para la *crítica de la ideología* representaba, si lo hizo, el “*pensamiento -conservador- único*”[2]. No podemos esperar una *ideología* que evidencie las ambiciones e *intereses de dominación* de quien la formula. Fundamentalmente porque su conquista de una posición de dominación realmente no se realiza gracias a la imposición de lo que el relato que enarbola predica. Digamos que el juego consiste más bien en expender aquel relato que más conviene para alcanzar y perseverar en la posición de hegemonía y dominación (y luego nunca es necesario realizar lo predicado, una vez la posición se ha conquistado). El ejercicio del poder es, sobre todo, una práctica. Para cuyo desarrollo la producción del relato que la facilita es tanto más eficiente cuanto más *disimula* que ella se ejerce.

O qué pensábamos: ¿que la *crítica de la ideología* habría de seguir siendo siempre -nunca lo fue, pero esto parece haberse olvidado- la crítica de los discursos *transparentes* -de malignidad moral confesa y visible? Todo lo contrario: la pretensión de que el malvado es además estulto es tan ridícula en manos del *crítico de la ideología* -como que constituye el mejor escondrijo y la mejor coartada, precisamente para el *dominante* (el poderoso, sin un pelo de *idiota*).

Si es que éste -el mejor escondrijo- no es el de hacerse pasar él mismo por el propio *crítico del sistema* -ejerciendo "desde dentro", eso sí, y en alianza indisimulada justamente con *el que manda* (llaman a esto *crítica institucional*).

iv.

De este modo, una distinción se impone urgente: aquella que nos ayude a diferenciar y distinguir los *imaginarios de dominación* de los *dominantes*. Estos no van ya a venirnos de cara: sino, al contrario, travestidos de *antihegemónicos*, de *antisistémicos*, de *antagonistas*, abanderando sus astutas y oportunistas *retóricas de la resistencia*.

Y la pregunta obligada: ¿pero entonces, cómo sería posible diferenciarlos? Claro está, por sus prácticas. Y tomando acaso los *lugares* desde los que se enarbolan como *pistas*. ¿O no es sospechoso que tantas veces esas *retóricas* nos vengan ahora dispensadas “*contradiscursivamente*” desde los centros mismos del *poder*, desde las mismas Instituciones que lo instituyen y administran?

Tanto más: cuando vemos que no sólo actúan como generadoras-activadoras de *prácticas de representación*, sino que además avanzan omniacaparadoras para ponerse también “al otro lado de la cámara”, *empuñándola* sin disimulo. En el lugar del *saber crítico* sobre tales prácticas, en el lugar del *juez al tiempo que la parte*, invadiendo y ocupando tan indiscriminada y ambiciosamente la zona del juicio de valor, y saber, -que realmente no le queda ya espacio, ni fisura, ni grieta siquiera, para poder ejercer el trabajo crítico, a ninguna producción *analítico-discursiva* que no tenga de antemano su complicidad (con lo que habría de juzgar) rendida, entregada, cautiva y *so-juzgada*.

v.

Pongamos que *todavía en un sentido más* sea un poco cierta la sugerencia *zizekiana*. Que, en efecto, las ideas dominantes no sean *del todo y directamente* las de la clase dominante -esta última vez en el sentido de la *autoría* de su producción originaria. Pongamos que la clase dominante no tuviera en efecto demasiada capacidad -o más bien ningún interés, los *antagonistas* las fabricamos mejor- para producirlas, para pensarlas, para crearlas; y prefiera en cambio invertir su tiempo -y sus economías, reduciendo además significativamente los costes- en hacerlas poco a poco suyas, en apropiárselas -una vez *abaratadas*.

Es esto lo que con lucidez casi hiriente han puesto en evidencia Boltanski y Chiapello en su *Nuevo Espíritu del Capitalismo* -cómo en efecto la forma reciente que éste ha adquirido sería impensable sin la absorción creciente que en la institución contemporánea de *su forma ideologizada* (y cuando hablamos de un *capitalismo cultural*, informacional, ello lo es casi todo) se ha ido dando de las formulaciones que le oponían sus críticas. Y muy en particular, como es bien sabido -por quien les haya leído-, la *crítica-artista* -desde el sesentayocho hasta nuestros días.

Y es esto también lo que hace que justamente el *análisis de los conceptos y sus viajes* -el viaje que por ejemplo realizan las ideas para verse convertidas de *conceptos* en *cantinelas aprendidas*- sea el método más poderoso -en el horizonte del análisis cultural- para desenmascarar el modo en que aquella fabricación de retóricas potenciadas en su origen -en su *originación* activa, *poiética* casi diría- para el *ejercicio crítico*, pueden ser poco a poco absorbidas y transformadas -esto es lo que sería su misión detectar y desenmascarar- en desactivados *dispositivos de poder*. Los imaginarios de antagonismo y *contra-dominación* en *imaginarios dominantes*, las *retóricas de la resistencia* en la *ideología hegemónica*, en la *cháchara* más propia y característica de nuestro tiempo, en la *discursividad dominante*

en el espacio del contemporáneo y triunfante, en el orden de los discursos y las formaciones simbólicas, “*capitalismo antagonista*”.

vi.

Así que -pierdan cuidado- no se trata aquí de abrir fuego indiscriminado contra el “arte político” o las “estéticas de lo *pseudo*” -quién sabe a favor de qué otras indignidades mayores-, o de simplemente negar el *compromiso del arte* con el ejercicio de la crítica de los imaginarios dominantes. Al contrario, se trata de llevar esa crítica a su límite (y el límite es, claro está, en la autorreflexión crítica, en la “crítica de la crítica”, allí donde ella preferiría dejar pasar complaciente sus pretensiones de *incuestionar* su propio hacer, allí donde él se entrega capciosamente como un *por supuesto*).

De lo que se trata es de, un punto más allá, atender a cómo los *estudios críticos* pueden *enfrentar* sin complacencias, complejos ni complicidades el análisis de las prácticas simbólicas *también* allí donde éstas han hecho del “*antagonismo*”, la “*resistencia*” y/o “*lo radical*” su principal *coartada discursiva* y propagandística: la resistencia como el *lugar común ideológico* más recurrido por los más diversos discursos y prácticas contemporáneas.

El objetivo principal es entonces, en lo que sigue, preguntarnos cómo pueden los *estudios críticos* contribuir a *desmantelar -también-* tales retóricas, y cómo las dependencias ideológicas y los intereses de hegemonía que se esconden entre los pliegues de sus *pronunciamientos aprendidos* pueden ser *desenmascarados* y puestos en evidencia -donde ello sea *también* necesario.

Como objetivo añadido, nos preguntamos además aquí y complementariamente de qué modo puede entonces el *análisis crítico* contribuir al desarrollo de *formas de las prácticas* que *verdaderamente puedan resistir* a los discursos dominantes -incluso donde ellos se travisten de su contrario. Acaso esa pregunta tenga obligadamente todavía una traducción rebajada en otra que, de cualquier modo, no dejamos de querer plantear: la de -cómo *formulan* en su conversación a distancia Rancière y Simon Critchley- “cómo pueden los discursos de la teoría contribuir al desarrollo de los movimientos sociales” actuales.

y vii.

¿Nos encontramos entonces y definitivamente frente a una “*fase antagonista*” del *capitalismo cultural* -una fase que habría integrado plenamente la “*crítica artística*”? ¿Estamos

simplemente ante una actualización de las “contradicciones culturales” del capitalismo avanzado? ¿Cómo puede abordarse todavía la “crítica de ideología” por parte de la *teoría crítica* -en un tiempo en el que las prácticas e instituciones culturales parecen haber establecido y estabilizado complicidades estructurales con los “teóricos críticos” (integrándolos como *curators*, conferenciantes, prologadores de catálogos, subrepticios investigadores de plantilla a sueldo, todas esas nuevas parodias de los clásicos “intelectuales orgánicos”) para obtener de ello su propia legitimación como, precisamente, instituciones o prácticas “antagonistas”, “críticas” o “radicales”?

Pensamos que se trata de una cuestión crucial en el momento actual, y tanto para las prácticas culturales –en lo que todavía ellas aspiren a transformar el mundo que habitamos- como desde luego para el desarrollo y repensamiento contemporáneo de la *teoría crítica* y sus métodos y recursos analíticos y epistemológicos.

En ese sentido, nuestra pregunta concierne también y primordialmente a la cuestión de las “nuevas humanidades” -los nuevos estudios críticos, las nuevas ciencias humanas- y la redefinición que en el marco de las transformaciones contemporáneas de las formaciones del saber y sus instituciones deben ellas abordar para lograr asumir el rol que se les demanda, como proveedoras de un criticismo riguroso y bien fundado, en lugar del papel de legitimación al que desde su *pseudocaracterización* contemporánea son una y otra vez requeridas. ■

.....

Notas

[1] Tomo la cita de Žižek (la cursiva la pongo yo) de un artículo de Juan Francisco Ferré publicado en salonkritik [http://salonkritik.net/09-10/2009/09/todo_va_bien_de_rerum_natura_j.php]. Acaso, por otro lado, el título de “Retóricas de La Resistencia” no sea del todo ajeno a la publicación, también reciente, de un álbum de *The Muse* que lleva por título, precisamente, *La Resistencia*.

[2] Ése que nunca fue tal: ni *único*, ni mucho menos *pensamiento*.